

Transitar ciudad durante la pandemia:
una crónica corta de relevos a cuatro tiempos

Cuarentena

Soñaba angustiada, virus que se propagan casi a la velocidad de la saliva; contacto humano plagado de bacterias y gérmenes; imágenes abigarradas llenas de angustia y pesar me hacen sudar mientras duermo, pero un simple olisqueo de manchas me rescata de la angustia. Abro los ojos empapada de sudor, levanto el celular y lo miro de reojo. Son las 7 am, faltan dos horas para que deba conectarme a la videoconferencia matutina del trabajo. Una tímida luz ya se filtra amigable por la ventana. Me siento en la cama y el colchón cruje, ya no es lo que era ayer; ahora me es más difícil conciliar el sueño; o será tan sólo que no estoy acostumbrada a vivir enclaustrada en un espacio de 21 metros cuadrados. Camino unos pasos al baño y de pronto mi pie se embarra con un pequeño regalo que manchas debió hacer por la noche. La volteo a ver y manchas sólo me ve con la correa en el hocico pidiéndome que la lleve al baño. Enciendo la cafetera y entonces escucho la campana del camión de la basura, cargo y abrazo a manchas con mi brazo derecho y con el izquierdo maniobro para sacar la bolsa de la basura, sin darme cuenta golpeo con el codo un libro que me habían prestado y cae en la bolsa aún abierta; la ventaja de vivir en una planta baja es que puedo salir rápidamente a la calle por cualquier emergencia, la desventaja escuchar retumbar las ventanas cuando pasa un carro a toda velocidad, aunque este no sea el caso. Salgo y veo a don Jorge, bajo a manchas al piso y como puedo le doy la bolsa de la basura y un cambio, como acostumbro. Don Jorge trae un cubre-bocas blanco, un sombrero para proteger su cara del sol y unos guantes de electricista bastante desgastados, me saluda afablemente y parece que sonrío por debajo del cubre-bocas; escucho que me dice: "déjeme ayudarla".

Trabajo

Recibo la bolsa de basura de la joven despistada a la que siempre se le hace tarde para sacar la basura, pareciera que acaba de despertar. Su rostro es cálido, sincero, sin duda una jovencita simpática. Se despide y veo como camina enredándose con la correa de su perro. Me trepo en el camión, hoy sólo trabajé yo. A mi compañero lo descansaron, y eso hace la

chamba más pesada. Aunque no nos cae mal descansar porque son jodas, es difícil porque no nos están pagando igual. En realidad la lana que sacamos viene de las propinas de la gente, unos son chidos, aunque otros son re codos. Esta unidad es fea y para muchos huele mal, para mi es mi medio de subsistencia y el de mis chavos, luego la gente tira libros y yo los tomo, los separo, unos los llevo a la biblioteca que creamos entre todos los que nos dedicamos a esto y uno que otro de portada bonita se los llevo a casa. El camión avanza y poco a poco, yo colecto la basura y veo a la gente, muchos con guantes de enfermero y tapabocas mal puestos, otros traen máscaras, y unos nada. Estos días no han sido como otros, la basura sigue generándose por montones y nosotros chambeamos; pero ya no hay tantos en la calle. Las mañanas son en realidad calurosas, y vacías en ciertas zonas de la ciudad. Dice un valedor del trabajo que haya en la zona de Neza y Tláhuac, la raza sigue haciendo su día normal y los tianguis siguen a reventar. Y él me dijo enojado el otro día que luego por eso nos iba mal como mexicanos; y me dejó pensando, ahora si lo tuviera aquí al lado le diría que a veces no hay de otra, que hay que chingarle; uno cuando tiene familia y gente a la cual llevarle el taco, no se preocupa por uno mismo, sale a rifársela y no piensa en enfermedades, qué va a andar pensando uno, y luego en enfermedades. No es que esté muy bien no hacerle caso a los que saben de las cosas de la enfermedad pero a veces hay que trabajar. Yo a mis chavos les digo que se queden en casa y se laven las manos, pero luego yo ando tragando el desayuno aquí arriba desta madre y con las manos puercas; en fin, yo sé que tengo que hacer lo que este en mis manos para que las cosas vayan bien, para mí, para mi familia y mis vecinos; incluso esa gente grosera que luego nos avienta la basura como si fuera nuestra obligación andarles recogiendo sus mugres, sí es nuestra chamba no nuestra obligación, obligación es hacer por los demás el bien que esté a mi alcance.

El eje ocho está vacío y también se ven medio muertos los centros comerciales ¿qué hará ahora la raza para divertirse? ¿Cómo aguantarán estar encerrados en esos lugares chiquitos a los que con mucho amor y sin que haya de otra a veces llamamos casa? De reajo veo una cosa que sobre sale de la basura que ya está en el camión, un libro de esos que se ven elegantes, como muy de escuelas de antes. Con pasta gruesa y listoncito. G. S. son las letras grabadas, está llena de papelitos y una vez que la abro la veo toda rayada con lápiz y apuntes, dice *constitución política*, ¡vaya nombrecito! –Digo para mis adentros-, adentro tiene una como estampita o sello de esos de maestríto de primaria y se repiten otra vez las iniciales, y

tiene escrito "es... ex... exlibris", sepa que sea eso, la continuo hojeando y ojeando hay una dirección, calle, número y hasta código postal en la ciudad de México. Vamos ahora sobre Tlalpan casi por general Anaya, en el carril de baja y como a 20 por hora; ir en la parte trasera de un camión de basura te hace ver las cosas de otra manera, mi hacia enfrente es el hacia atrás de todos los que van manejando. Una sensación horrible me quiebra la cabeza, hay una señora en un carro rojo que va acaba de voltear a ver su celular y está dando la vuelta, en la madre, se va a echar al chavito ese que está cruzando la calle con los audífonos. Ni lo pienso, le lanzo el libro empastado al joven que va a cruzar la calle y le grito "¡cuidado!" él se detiene le pasa rosando el libro y también el carro que se siguió sin siquiera verlo; más blanco que nada me alcanza a susurrar, gracias, me río y le grito ya a lo lejos: ponte trucha.

Oportunidad

Todavía muy pero muy paniqueado, me quito los audífonos y le grito lo primero que se me ocurre al del carro rojo, o habrá sido la del carro rojo, no lo sé. Lo cierto es que apenas si la libré. En la banqueta yace un libro de pasta café con motivos dorados, y un listón rojo, está lleno de poustits, las hojas del libro tienen ese olor a libro viejo, y tienen ese tono ocre producto del devenir y la lignina. La encuadernación es muy buena porque ha permitido que las resquebrajadas páginas de este libro sigan unidas, como los pequeños valores y principios que aunque ancestrales mantienen cohesionada cierta aunque ya distante convivencia social. El cielo tiene un azul acero que se siente melancólico; sólo unas cuantas nubes como serpientes emplumadas los surcan cual raudal. Camino hacia el metro y entro, paso mi tarjeta por el lectora y entro, subo las escaleras sin mucho en mi mente más que el evento que acaba de pasar, el libro entre mis dedos de la mano izquierda; no sé todavía porque recogí esa constitución, digo después de todo quién lee estos días. Y sobre todo documento con letra más muerta que la constitución. Entro al vagón vacío que va rumbo de cuatro caminos, miro por la ventana el asustado caminar de esta ciudad en el centro de la luna; el turno de 36 horas en el que estuve en el hospital fue de lo peor, la pandemia se ha puesto cada vez más fea. La gente llega con síntomas y algunos se quedan y otros se van, podemos controlarla o es lo que yo me digo, pero el estrés es mucho por mucho mayor al que estamos acostumbrados, el miedo no sólo ha penetrado a los que van con el Jesús en la boca al hospital, sino me parece que a todos, esos medios de comunicación masiva es en realidad no único que hicieron por

meses, meternos miedo, y más miedo, dedicando programas especiales para hablar de lo mismo y del peligro y cuan repetitivos fueron, cuanto pavor esparcieron en unos y al mismo tiempo por la constante y frenética exposición a ríos de información desensibilizaron a otros tantos que ahora no creen en la existencia de un virus, sino que prefieren creer sin cuestionar o indagar en una conspiración multidimensional para controlar a los humanos de una vez y por todas. En realidad hay muchas situaciones muy irracionales en el sistema en el que vivimos, mucha incongruencia a muchos niveles, pero es ahora más que nunca cuando debemos tomar nuestra capacidad de hacer y de obrar en consecuencia. Sin miedo, con valentía, consciencia y precaución. La economía se viene abajo pero la mejor manera de reconstruir esta ciudad de concreto, de ríos secos y viaductos para los menos. Quizá hoy pueda hacer algo por alguien más como hace rato ese señor, que si no me hubiera lanzado esta biblia jurídica, seguro yo no podría estar aquí ahora con este tapabocas lanzando vaho y empañando mis lentes cada que respiro. Abro las páginas finales y noto un ex libris, un sello de propiedad, trae dirección, calle, número y hasta código postal. Está decidido, regresaré el libro a la persona que viva aquí. Me paro hacia la puerta y bajo en la siguiente estación, bellas artes sin duda ha sido desde niño uno de los lugares más emblemáticos para mí de esta ciudad. Con su alameda plagada de texturas sociales; de catrines con y sin bolsa seque, de raperos irrumpiendo el aire con sus rimas, de organilleros viviendo al día y matizando la atmosfera del centro y corazón de esta multiforme ciudad. Sólo que todo eso ahora vive en mi mente, como un vago recuerdo, que dibuja siluetas en la explanada desierta. Caminé viendo un atardecer singular de rosas, rojos y oros bañaban la torre latino y hacían irradiar la cegadora luz del museo en una orilla de la alameda; una llamada urgente en mi celular me sacó de la ensoñación. Tenía que regresar al hospital, falta de personal. no quería sólo dejar las cosas, por mi celular pedí a uno de esos repartidores, llegó en unos 5 minutos, una mujeres como de mi edad bajó de su bicicleta se quitó el casco y me saludo de lejos. Me acerqué a ella sin invadir su espacio y le pedí de favor que entregara este libro en la dirección que ya le había señalado en la aplicación, la misma dirección que estaba escrita con tinta a un lado del sello dentro del libro. Buen camino, gracias es muy importante que llegue ese libro a su destino.

Descuida me da gusto ser de ayuda, le respondí. Metí el libro en mi mochila y abroche mi casco verde, en realidad era un casco más de patineta que de bici, pero me hacía sentir cerca de quien me regaló la bici. Era una bici de carreras que herede de mi papá, un poco incomoda al principio porque había que mantener una postura muy inclinada por el mismo diseño de la preciosa herramienta de transporte. El bato que había pedido la entrega se había ido, me cayó bien, porque no parecía ser de esos que en cuanto ven que eres mujer dicen algo muy estúpido. Agarré en contra sentido avenida Juárez hacia reforma; es muy chido transitar la ciudad cuando las calles están tan despejadas y los carros no son una suerte de la cual haya que estarce cuidando constantemente, a más de un amigo del trabajo lo han atropellado. El caballito, la palmera, el ángel, la diana, vaya monumentos, ojala nos preocupáramos por el bienestar común antes de por esos iconos que hoy nos han dejado de dar identidad. Cada pedaleo es presente, estar en la bici me gusta porque es un eterno ser ahí, un eterno dasein, al menos eso es lo que entendí cuando leí ser y tiempo. Eso fue cuando la escuela estaba abierta, ahora tengo que pagar la renta y trabajo porque sino no hay de otra. Mi familia ya no puede ayudarme con mis estudios ni con mi manutención así que debo valerme por mi misma. Y claro tengo muy buenos amigos que me ayudan con la comida y otras cosas. Pero en la situación actual prefiero hacer algo para ayudarme y por qué no, de paso ayudarle a otros a que les llegue su mensajería o paquetería, incluso a veces llevo comida, y en tiempos de pandemia sí hay que guardar distancia pero hay que tratar de estar más unidos que nunca, porque sólo unidos saldremos de la crisis que se viene. Chapultepec es un festival cuando no hay coches ni gente, sólo el aire y el sonido de las hojas de los árboles, que otoño se siente esta primavera. La luz comienza a mermar, las farolas en los postes se comienzan a encender, es en realidad una locura pero a veces como ciclista no hay otra más que usar los distribuidores de los carros para incorporarse a otras avenidas, y una se tiene que poner las pilas y acelerar con toda el alma para que ningún cabrón carro te aviente o peor. Avenida revolución conecta el centro con el sur, es una gran avenida, bien pavimentada, sin duda las llantas de esa preciosidad lo agradecen y mi espalda también. Incontables altos no son importantes ni estresantes cuando se va en bici, de hecho la ciudad que a veces en automóvil parece gigante y monstruosamente larga, es en realidad pequeña y corta cuando se va en bici; la bicicleta tiene eso también, todo está cerca, y no me refiero al cerca de está a 30 minutos

en camión o a 40 minutos en metro (es curioso como los mexicanos de la ciudad medimos la distancia en minutos y no en metros); sino cerca, cerca como el aire que impacta dulcemente tu cara cuando aceleras inclinando tu cuerpo para tomar mayor velocidad, o sentir como tus brazos rompen el viento que te invita a mirar al frente y a la vez tener el suficiente tiempo, de acuerdo con la prudencia en turno, para voltear a las copas de los árboles que aún no han talado y ver como dibujan sombras necesarias que enriquecen la vista arquitectónica de sus oficinas públicas y privadas. Mixcoac siempre me ha parecido céntrico, aunque en realidad está al centro sur poniente, en ese orden. Los ejes los puedo cruzar sin problema y si algo anda mal, o siento que me siguen puedo callejear, total nadie puede contra mi cuando en vez de piernas tengo ruedas. Tomo rumbo de Tlalpan, he dado una vueltesota, pero a veces no se trata de llegar rápido sino de llegar. Y de llegar bien. La bicicleta me ha enseñado paciencia, consistencia, constancia, carácter; porque no es el destino sino el viaje lo que nos da fuerza para el mañana. Como en la lectura, no es acabar de leer un libro de 400 páginas es leer y aprender algo de esas 400 páginas. La noche ha caído; prendo las múltiples luces que tengo en la bicicleta y en el casco. Estoy a unas calles dice el navegador. La ciudad de noche. Que mágica que es, cuando no es peligrosa y hostil; que potenciales tiene cuando la noche iguala al corredor de bolsa y al mendigo. Al fin estoy aquí, vaya mural adorna este edificio, vaya son de esas cosas que no puede hacer una sola persona, sólo en colectividad y solidaridad se logran construir grandes obras como este mural, me deja anonadada, el cielo se pinta de relámpago que ilumina un sinfín de nubes aborregadas que antes no estaban ahí, luego un trueno, sin más saco el libro de mi mochila y mientras se suelta una sutil y revitalizante lluvia, toco el timbre y una luz se enciende.

Ciudad de México a veintinueve de abril de dos mil veinte

Luis Gerardo Solís Anguiano